

Pájaro Rengo



*Salar de Manaure
Guajira – Colombia
Harker/Lofredo
(2009)*

Un abuelo de Isidro pescaba perlas en un fondo cerca de la Isla Margarita cuando la cola de un ciclón lo cogió por el pellejo y lo soltó en La Guajira, medio muerto. Los Wayuu lo curaron y lo alimentaron con sopa de mar y secos de chivo. Cuando mejoró, volvió a lo de las perlas y le fue bien. Se prendó con una guajira y aprendió a hablar con dulzura. Pasó más de un año, hasta que los antiguos los dejaron casarse. Se sabe cómo evitar la inseminación: la mujer unta con prudencia el miembro masculino con un aceite espeso y negro, hecho con tinta de calamar y grasa viva. El margariteño se hizo querer y quiso.

Después de casados tuvieron siete hijas y ningún varón. Siete mujeres. Siete bellezas. De la más joven nació Isidro, en Cabo de Vela. Fue pescador y marinerero. Recorrió el Caribe y apren-

dió las lenguas de las islas. Un tiempo trabajó en las Salinas, cuando eran de todos.

Un hombre que decía ser sobrino o nieto del margariteño, por lo menos primo de Isidro, casi hermano incluso, ayudó a Retaguardia a sacar la Africana del salar donde se hundía como una almeja.

Se hunde en el Mar Muerto. El arenal salado se la traga. A la vista de Sodoma y Gomorra. Pilares de sal. Palas mecánicas cargando volquetas de sal. El Reta intenta impedir el naufragio con palos resecos atravesados bajo el cárter. El que pudo ser del mismo vientre de donde salió Isidro hace acercar una bulldózer que clava la pala por debajo de la Africana, la zarandea para separarla de la mezcla de sal y arena y la levanta al tope como si fuera un cangrejo, un ermitaño tímido en una mano infantil. El operador retrocede la máquina con la Africana inerte en alto. Los dos focos sobre los dientes de hierro en el filo de la pala son como dos ojos desorbitados, temblorosos, que le piden perdón por la torpeza de hundirse en el salitral arenoso. El Reta bosqueja una sonrisa triste pero alentadora, como si le dijera no te preocupes vieja que de esta salimos, y no fue tu culpa, más bien fui yo que me descuidé y no vi que estaba todo flojo ahí, tranquila vieja que ya salimos.



*Todo Wayuu Muere
Dos Veces
José Iguarán (2007)*

Dos trabajadores ayudan a ponerla de pie. Con la manguera de agua dulce chupada de un tanquero, le quitan el susto y, al segundo intento, arranca tosiendo un poco, y agradeciendo efusivamente a todos los presentes, siguen coleteando en las trochas trenzadas, camino al Cabo de Vela. Cuando se aleja, alguien dice que Dios cuida a los borrachos y a los veteranos que ya no saben lo que hacen, ¿no es cierto primo? A todo pescezo le llega su guadaña, aunque se lo tape con la barba hasta el ombligo.

El Reta parte, siguiendo de lejos a un camión que atraviesa el salar hacia una línea de alambres. A un lado de la trocha hay cinco carretillas de madera cargadas de sal y unos puñados de paja. No hay nadie más. Las carretillas están solas. Perfectamente alineadas, como esperando que alguien dé la señal de largada y empiece un rally salino sin pilotos. El camión sigue. El Reta se detiene y pasa un rato buscando una explicación a la escena en la que ha sido insertado. Nada. No, nada no. Todo.

Llega a Cabo de Vela siguiendo las huellas de la 4x4 de dos italianos y dos españoles. De pronto: el mar. Parece ser el primer Caribe cierto, bruta bestia durmiendo una siesta de tranquila transparencia. Chozas, canoas, jaulas de arcilla esperando que las fondeen para cobijar langostas, cangrejos, ángeles, fundas de perico y anguilas.

Llueve, es la cola del ciclón Dean, que está pasando justo al Norte de Riohacha, entre La Guajira y el caserío de las dos banderas y las cuatro lenguas, donde se juntan Haití y Santo Domingo, donde ahora también se está cayendo el cielo y se tuercen las palmeras hasta tocar con los cocos la arena y la espuma salada.

Un puesto de espejismos ofrece la felicidad del agua pura de coco bien helada en medio del laberinto de trochas de arena chupacabra. Un rostro digno, pintado con ceniza negra. Ranchería sobre una loma. Silueta de un pastor niño sobre una roca contra el cielo nervioso y espeso de nubes al Noreste, eléctrico.

Atardece en la Punta del Morro después de una siesta. El Reta conoce a la Dra. Ercilia Mebarak, Jueza de lo Penal, quien da un cursillo sobre el Debido Proceso y los Derechos Humanos en Riohacha. Viene de Bogotá o de Medellín. La gente de la Sie-



*Salar de Manaure
La Guajira,
Colombia
Benito Lisandro
(2007)*

Fiebre de Moto:
*Deseos de billete,
ropa buena y mujer.*

Probar Finura:
*Dar muestra de
destreza y lealtad.*

Perder el Año:
*morir o ser
detenido.*

*Glosario General
de Medellín
GGM (1990)*

rra se desata cuando toca el mar. El atardecer amarillo rojizo sobre la espalda virgen de sol, pecosa, cabello cobrizo. Chispas de luz en los ojos claros celebran ausencia de grises escritos judiciales. Pausa en el desfile de codicias y miseria. Pausa en la soledad del camino. Mebarak se interesa en el viajero solitario. Que de dónde viene. Del Sur, de lejos, de allá. ¿Casa, familia, hijos? El Reta no le despega la mirada. Sonríe. Asiente. Hace un gesto abarcador como señalando más allá del horizonte. ¿Y en qué trabaja? Jubilado, dice, y se ríe como si él mismo no se lo creyera. Motociclista a tiempo completo. Usted sí que tiene suerte. Sonríe. ¿Y antes? ¿Antes? Sí, antes de jubilarse. No habrá nacido jubilado. Hay que jubilarse de algo. El Reta está pegado a los ojos verdes de la Doctora Mebarak. Sí. Tiene razón. Lo que toca. Tantas cosas. Al Reta lo distrae algún recuerdo, sólo un instante, y vuelve a los ojos. Saca dos caramelos del bolsillo y convida. Está acostumbrado a que lo miren como bicho perdido. Pero Mebarak parece mirarlo con ternura, como si él fuera más joven que ella, como si fuera un muchacho y no un veterano pidiendo pista al final del último vuelo. Caminaron de regreso a las chozas. Pasaron frente a la Africana. El Reta dijo algo acerca de dar un paseo. Algún día me gustaría. Salimos de madrugada. El curso es a las siete. Buenas noches. Sí, claro. Descanse bien. Y fin. Nada. Otro inconsecuente principio de calentamiento y se apaga el generador y callan las de vaqueros. Palabras y risas en una choza. Sombras de vela entre el mínimo rumor del mar, y en la Punta del Morro el faro repite el ciclo de siete cortos puntos de luz y dos tiempos ciegos. Cactus, ripio, polvo, lagartos, conchas y moluscos incrustados en el cascajo guajiro. Fondo de mar con cabras. Camino a Uribia, capital indígena de La Guajira.

*Playa Guajira
Benito Lisandro
(2007)*



Aclara casi con frío en el Cabo de la Vela y lo que primero se oye entre sueños son los pescadores sacando los botes del mar, los golpes de remo, el regateo por la vida, proteínas para los que pagan. Hacía mucho que no dormía seriamente en un chinchorro y se acordó de cómo hacerlo atravesado. Aclaraba cuando sacaban la pesca. Una mantarraya con cola de metro y medio se enredó por descuido. Le clavan en las agallas un gancho afilado y la arrastran hacia la arena seca. El pescador coge un tronco y la apalea. El animal ciego latiguea la cola y el hombre la esquiva como saltando a la cuerda. La golpean hasta que deja de moverse. Dicen que es sabrosa y que se la pone dura hasta a los muertos. Dedo índice

izquierdo al pliegue del codo derecho. Al Reta le gustaría desayunar con filete de mantarraya, arroz, queso de cabra y café pasado. Se le ocurre que se está volviendo guajiro.

Los italianos devoran langosta recién secuestrada del mar, los manotazos y pellizcos, pataleando, la meten en la olla hirviente. Instantes de asombro, atroces quemaduras, rendición y paz en la reencarnación inminente, con arroz, plátano frito, queso fresco, jugo de frutas y café con leche. Pronto estarán en Roma. Vestidos como se debe. Esquivando tráfico en una Vespa.



*Pastando Chivos
Benito Lisandro
(2007)*

Un italiano explica a Retaguardia que en Europa ya no se aprecia el esfuerzo. Somos profesionales dice: diez años en arquitectura de sistemas, sí, aunque no parezca. ¿Y sabes de qué vivo? Enseño a una docena de nostálgicos seniles cómo usar el Photoshop para juntar 500 euros al mes. Mejor no te cuento cómo completo el alquiler. Doy masajes en un spa para turistas de cualquier parte. Fisioterapias revitalizantes de lo que quieras: ¿De barro caliente? ¿De chocolate con crema? ¿O prefieres el completo, el de pura mierda con enjuague urinario? Fetiche, se llama. Las unto con lo que quieran, les doy masaje y si quieren les doy por el culo. En Italia quedan modistas, mafiosos, diseñadores de interiores y bellos africanos superdotados genitualmente por el Demonio en Cielo. No hay anillo que aguante, aquello son puños... Para trabajar en lo mío tengo que huir a Massachussets, Austin, New Jersey, y llevarle las cuentas a Tony Soprano. ¿Sabías que nosotros armamos el programa de la Amazondotcom? Sí, nosotros, italianos y meridionales, le programamos a la Amazon la mejor herramienta de ventas por la red. ¡Masaje un cazzo! Estaba buena, la langosta. Seguía coleando hasta que la pinté con ají. Putanesca.

El catalán caricaturista desayuna con estilo propio: tres Coca Colas, dos aspirinas, dos tazones de café tinto, tres cigarrillos sin filtro. Luego respira hondo y eructa. Moja el carboncillo con la punta de la lengua y bosqueja la primera caricatura del día: el personaje es Ingrid, la niña que vende pulseras y se burla de todos y muestra sin pudor su inteligencia. Está bien, el dibujo,

"De improviso llegó a su fin toda fe. Una sensación de dicha se apoderó de los hombres. Cada cual bailaba consigo mismo hasta caer exhausto. El sol era más intenso. Pero el aire era tenue. El mar se volvió incomprensible".
E. Canetti

pero Retaguardia no alcanza a leer la burbuja. Quizá diga: ¿y tú por qué no te callas, eh? El fotógrafo de ABC.Barcelona.es llega con dos cámaras al cuello y una en mano, saluda profusamente a todos los presentes, se felicita por lo que pudo tomar prestado del alba y prende un porro inhalando largo y profundo. Ingrid le pregunta si no es temprano para eso. Temprano era cuando empezó a despertar, horas antes. El mar está ligeramente revuelto. El ciclón que se aleja sigue haciendo travesuras. En la radio del catalán, alguien dice que está barriendo Jamaica, que va, que vuelve, que quién sabe. Hay que alistarse para retomar el camino.

Llovió durante la noche y la arena está más floja donde crecieron los charcos. Tan pronto se alejan del caserío, los italianos, en su 4x4, desaparecen en el laberinto de trochas y huellas. El Reta intenta seguirlos hasta que, al pasar por segunda vez el mismo zanjón, se da cuenta de que los otros están perdidos y que mejor disfrutar con calma que intentar seguirles el tranco. Cuando se sigue a alguien en camino desconocido se tiende a la distracción. Uno deja de buscar los referentes que necesita ordenar para orientarse. En cuanto se alejan los punteros, el Reta nota la diversidad que lo rodea en el desierto. Caseríos, cabras, la vegetación rastrera, racimos de espinas. Al prestar más atención al entramado de trochas y huellas, nota las diferencias: unas transitadas después de la lluvia, otras cruzadas por las enredaderas del viento. Unas que sólo van y otras que sólo vienen. Ramales menores que apuntan a un caserío lejano, un cementerio, un corral vacío. Sólo huellas de bicicleta por un costado y de llantas lisas de camión por otro. Hay troncales, ramas, senderos peatonales, pasos de ganado, perros sueltos y cabras de patas flacas y ojos saltones. Se le cruzan lagartos y aves corredoras, jaspeadas de gris, como gallinas enanas, de pico negro y sin cogote. Ante tanta cosa viva y tanta forma nueva, el Reta rueda tan lento como la arena le



Fósiles Eocenos Neoliberales de La Guajira Alta Elvany Magdalena (1494 A.C.)



Ripio de Cabra La Guajira Juan C. Larrea (2007)

permite, sin dejar de avanzar, evitando detenerse y que el suelo le chupe las ruedas y se lo trague.

El ronroneo de la Africana es parte de sí, como su respiración. No lo piensa. Lo oye sólo cuando no suena como debe. Ahora atiende los sonidos más allá de sí y de su monta. Es un zumbido guerrero, como el de una sierra cortando metal. Se acerca y se aleja, está por todas partes. Lo rodea. Se detiene en un parche de suelo firme y apaga la máquina. Se siente rodeado de motosierras volantes, chillonas, histéricas, invisibles. Le viene encima un enjambre de avispas empericadas. Algo inhumano se está comiendo el desierto. Mal paridos, son los Bungas del motocross. Tan rápido como llegan, se alejan por las trochas entre las dunas y desaparecen. No vuelve el silencio. Le queda un tintineo agudo, como si la punta de una aguja se apoyara contra el tímpano, y una sordera como las que dejan los megaparlantes asesinos de un concierto de rock.

El primer pinchazo guajiro del viaje ocurre cuando la llanta delantera golpea de mala manera una piedra filosa, diez kilómetros antes de Uribia, cerca del mediodía, cuando el calor agarrota la nuca. Cuando la llanta se desinfla gradualmente, al principio el conductor no se percata. Piensa que es el camino o que él mismo se distrajo o está mareado, quizá por no reponer los líquidos que le calman el calor seco del desierto. Luego nota que la moto no responde a sus toques de timón como debiera. Se desliza sobre la arenilla y el ripio suelto como si estuviese cansada y necesitara detenerse y vomitar. Para entonces, ya no se puede intentar frenar. Se la deja rodar hasta que por sí misma se detenga. Siempre queda torcida, mal inclinada, con la trompa gacha, como si quisie-



Palabrero a sus
Palabras
S. Harker (2005)

ra disculparse o estuviera avergonzada. El Reta la acomoda contra la banquina y le anuda al portaequipaje una franela roja que señale su presencia. Los italianos con el 4x4 deben estar más adelante y van apurados. Isidro se bajará en Uribia y ellos seguirán su camino solidario hacia el AirBus de Alitalia Cartagena-Roma. No tiene mucho que intentar. Solo no puede sacar y reparar la llanta. Por la ruta no pasa nadie a esa hora. Esperará que cambie el viento, la hora, la suerte...

Trepa por el talud que bordea el camino en construcción y busca sombra entre unos arbustos de tronco espinoso. Apoya la espalda contra una roca que dobla su altura. Está a unos 40 kilómetros del mar. No hace tanto tiempo, las piedras removidas y expuestas cuando las máquinas trazaron el camino y abrieron las cunetas estuvieron en el fondo del mar. Algunos millones de años. Tienen incrustados fósiles de crustáceos. Hay tantas. Busca las que muestran las formas más completas, espirales con celdas, parte del espinazo de un pez sin cabeza, la pinza de un cangrejo violinista, conchas cerradas, escondidas en la arcilla que se deshace al tacto en un talco amarillo y pálido. Se decide por tres piezas que le impresionan y las guarda en el bolsillo de la mochila. Hay hormigas rojas, culonas, voraces. Cargan disciplinadamente trozos selectos de hojas en un desfile voluntarioso que desaparece entre una piedra y el asomo de una raíz retorcida.

El calor y el silencio de la espera lo adormecen. Un hombre mayor apoyado contra el peñasco lo ve y se acerca. Tiene el aspecto de una persona de autoridad. Lleva un bastón labrado que le llega a la altura de los hombros. El hombre le alcanza el bastón a Retaguardia, quien se pone de pie para recibirlo. El hombre le habla en su idioma y Retaguardia cree entender que se trata de un bastón mítico de los palabreros wayuu. Es un bastón de una madera oscura y muy dura, pesada, está labrado con la historia de La Guajira, desde el arribo de un pájaro mensajero en la tormenta, la aparición del arco iris, la vida del mar, los barcos y batallas. Al Reta le parece que allí está todo lo sucedido, desde el inicio hasta el presente en que todo termina. Todo labrado desde la empuñadura hasta la punta del estilete de plata apenas hundido en la piedra rodeada de fósiles marinos.

Clávelo en la piedra, dice el hombre. Sin miedo. No se dañe. Apóyese hasta que sienta corriente. Pídale lo que quiere saber. Pregunte y escuche. No hay laberinto sin salida. Retaguardia se imagina que el bastón es un polo a tierra entre su corazón de bisoño aspirante a palabrero y sus viejos, sus padres y los padres de sus abuelos. Sí, joven, para eso es, para escuchar a los de antes, los que le dieron la vida. Ellos saben del amor, la locura y las máquinas de movimiento. Tiene que estar con ellos para llegar sano a su destino. Es lo más importante: llegar sano a la muerte. Usted ya sabe a dónde apunta este viaje, ¿no es verdad? El bastón es el puente con su gente, los suyos, su tribu, su cuerpo, y todo por la palabra. Le señalará por dónde, le ayudará a persuadir, integrar, le enseñará a cantar, enamorar, defenderse, a ser justo. Ya es muy tarde, señor. Todos los errores ya fueron cometidos. ¡No sea tan pendejo, carajo! Mírese en el ojo del bastón, usted es un crío que no termina de nacer y se queja de que ya es tarde. Bestia, que viva el cuento cabrito nuevo. Que viva el cuento. Y ya no llore. Chúpese las lágrimas, trágueselas, pendejo. Bueno y ¿cuántos bastones va a llevar? Le hago buen precio... No crea que son todos iguales, cada uno tiene sus detalles. Mire tranquilo, sin compromiso, Mister.

El anciano ahora es un vendedor que ofrece artesanías a los turistas y los bastones son paraguas de colores. Uno no más, señor. Con uno me alcanza. Gracias. Me quedo con este rojinegro que me gusta. Me trae recuerdos. El viejo le deja el bastón y Aparicio Retaguardia vuelve a cabecear, ni dormido ni despierto en el calor, como un tábano, pesado y torpe. Isidro dijo que La Guajira salió del mar en el Cuaternario. ¿Cómo sabe? ¿Qué es el Cuaternario? Hace poco entonces. Cara de pescado, tenía el viejo. Aparicio no presta atención a las aves que lo rodean de cerca: colibríes chupacactus, bichofeos de cabeza roja, hormigueros verdeamarillos, el gavián merodeando como si no pasara nada, como si no tuviera en pantalla media docena de roedores y reptantes, almuerzos en potencia.

El pitazo lo saca del sopor arenoso. La camioneta amarilla se detiene junto a la moto que abajo, en el camino de piedra y polvo,

Bahía Portete
José Iguarán
(2007)



parece abandonada. El Reta ve que lo buscan. Deben pensar que se fue por ahí. Es Isidro, que vuelve al rescate con otro primo, con el afiliado a la cooperativa del gremio del volante. El Reta los ve conversar desde arriba y aunque no entiende lo que hablan se le ocurre que se preocupan por él. La punta del bastón que le vendió el viejo no parece de plata, más parece de lata, sí, acá se ve una mujer, Sar... dinas La Gallega

Hay que sacar al alijuna, al Aparicio, al Argentino Retaguardia, como se llame, qué coño, a él y a su moto hay que sacarlos hasta Uribia. Que la arregle y se vaya. Por donde sea: que salga o se lo cargan. A Venezuela mejor. Medio día a Maracaibo y ahí tranquilo. Si se vuelve al Sur, quién sabe. No, volver al Sur se le complica peor. Tregar en piedra es más fácil porque uno ve dónde pisa. Bajar ciego y cansado es jodido. Acordate que te dije primo, al gringo algún huevón se lo carga y si es en La Guajira nos endosan la factura. Bien labrado, el bastón, y se agarra bien entre las piedras. Como que quitara el cansancio, buenazo. Del alijuna en moto hablan por todo lado. La doña en Tolú me dijo que había estado por Caño Limón, curioseando, decía que andaba perdido y que iba a la punta, que viajaba no más por gusto. Lo pararon los del batallón en la troncal y le dijo al capitán que era ingeniero de las minas y quería ver El Cerrejón. Dicen que le decía al Capi que eso era lo máximo, cosa sería, dice que insistía que con estos ojos quería verlo. Ayer llegó de Cartagena y dicen que lo vieron en Tambacú queriéndose levantar una mulata que le había sonreído al veterano, pero que tenía marido la verga de celoso. Decía que quería sacarle fotos, que era periodista de la ce ene ene. Cuando supo, el negro salió a correrlo con el machete alzado. Si no lo frenan en el paradero, le da un sablazo y al barranco con moto y todo. Está loco, ese. Sigue vivo de milagro. Loco no, primo. Tonto tampoco. Es que se cree muchacho, cree que puede y le da pa'lante. Como que se olvida... Apoyarse en el bastón le refresca la cabeza, le aturde menos el calor. Da un rodeo y sale al camino a un buen trecho delante de la camioneta.

*Sed de Sueño
Todo Dios Tiene un
Vicedios Ateo
José Iguarán (2007)*



Muchacho un carajo. O tiene un ángel que lo protege o está arreglado con el cornudo, porque nadie entiende qué hace ni para quién trabaja, y acá el que no está con nadie está con cualquiera, entonces si alguno se lo carga por deporte o por pendejo y si resulta que con alguien estaba, entonces analice, primo: ¿quién paga los gastos? ¿A quién le endosan la factura? Analice. Porque, además, fijese que, diga lo que diga,

que es de Central, que ni izquierda ni derecha, resulta que viaja con pasaporte del mismo Washington y estuvo en todo lado como Papá Noel. Sellos en chino, en árabe, y demás. Isidro y el primo siguen en la camioneta. El primo parece el más preocupado. Se limpia el sudor con un trapo. Isidro está más tranquilo. Ese en algo estuvo. Mire que hasta fue a Moscú. Ahí dice en el pasaporte, y en el Moscú de antes, cuando todavía era ruso, imagine. Hay que sacarlo, primo. Si le pasa algo nos cargan la leña y dale bala con la matraca, jaleo. Mucho loco suelto, primo, esto no da más. Ya mismo hay candela, verá mañana, verá. Ahí viene Don Aparicio, mírelo, y con bastón de palabrero viene. De dónde... Disculpe, Isidro, señor, me dormí con el calor, ahí arriba, hasta que pitaron.



*Almuerzo Desnudo
en Carne Prestada
William Burroughs
(1959)*

Tranquilo, tío. Que acá estamos entre amigos y hay que hablar claro. A mi primo aquí lo conocen como Rosquillo. ¡Salúdense, coño! Salúdense que acá nadie muerde a esta hora. Usted, Don Aparicio, capaz que escuchó algo de lo que decía el primo... No, qué voy a escuchar si estoy cada día más sordo. Algo les tiene agitados, eso sí se veía desde arriba. Hablábamos de que nos preocupa la salud de usted. Lo que pasa es que a veces parece que no tiene claro en dónde pisa, porque si está de paso y nos visita, queremos que disfrute y que cuando vuelva a su tierra se sienta bien, hasta que se lleve un amorcito de lo nuestro, ¿cierto? ¿De dónde era su tierra, Don Aparicio? Uno al final se olvida y entonces cualquier sitio da lo mismo, pero yo soy del Sur, bien al Sur.

Subir la Africana al cajón de una camioneta es casi como cargar un muerto para llevarlo al entierro. No exagero y disculpe, que no quiero faltar el respeto, porque cada cual tiene sus cosas con los muertos y no me vaya a interpretar que la Africana, en fin, que la moto pueda compararse con sus finados, Don Isidro. Isidro y la niña Ingrid terminan de amarrar la Africana a los ganchos del frente y el costado. Animal resignado. Quieto. Sólo mira por los focos a un lado y al otro, con la curiosidad de quien está lastimado y no sabe a dónde lo llevarán para que lo curen. Primer transporte en camioneta. Subir la Africana,

que es como el albatros de Baudelaire. Divino en el aire, acompañando al navegante sobre las olas. Torpe sobre la cubierta, arrastrando las alas. La Africana, en el cajón de la camioneta, desinflada por delante, renga de costado. El Reta, sosteniéndola como para darle ánimo, que no lllore, no se rinda. Un drama tener la moto lastimada...

Primo, la cosa circula. Muchos saben. Gente amiga, averiguamos. Nada malo con el veterano. Es como cualquiera. Un poco desgastado y de aire despistado, como si viera las cosas de otro modo. ¿Será otro loco de la guerra, de las causas perdidas? Bueno, eso somos todos: causas perdidas y guerras por ganar.

Hay que salir de acá. Va a pasar el tren de las ocho y la seguridad está de punta y afilada. Está oscureciendo sobre el desierto. Refresca. Los vehículos encienden luces y se mueven en una polvareda como aureolas de santos en éxtasis. Tenemos que salir del camino, hacer noche. Estamos cerca de Portete... La trocha empieza allí delante. El Reta ve una huella en el polvo que se insinúa apenas entre los arbustos, a contraluz de un cielo tardíamente encendido.

Los marineros suelen divertirse cazando alguno de los grandes pájaros del mar que siguen como indolentes viajeros al barco que se desliza sobre abismos y amarguras. Apenas los arrojan sobre cubierta, los príncipes del cielo se vuelven torpes y avergonzados. Aflojan un ala enorme y la arrastran como si ya hubiera muerto. Ahora, débil e inútil, el viajero. Grotesco. Con el tabaco encendido, un marino le quema el pico. Rengo, inválido, casi vencido.



*Souvent, pour s'amuser, les hommes d'équipage
Prennent des albatros, vastes oiseaux des mers,
Qui suivent, indolents compagnons de voyage,
Le navire glissant sur les gouffres amers.*

*À peine les ont-ils déposés sur les planches,
Que ces rois de l'azur, maladroits et honteux,
Laissent piteusement leurs grandes ailes blanches
Comme des avirons traîner à côté d'eux.*

*Ce voyageur ailé, comme il est gauche et veule!
Lui, naguère si beau, qu'il est comique et laid!
L'un agace son bec avec un brûle-gueule,
L'autre mime, en boitant, l'infirme qui volait!*

*Le Poète est semblable au prince des nuées
Qui hante la tempête et se rit de l'archer;
Exilé sur le sol au milieu des huées,
Ses ailes de géant l'empêchent de marcher.*

Charles Baudelaire, 1857

Esa trocha va hasta la bahía. Hasta donde el muelle del Chema, que estuvo abandonado un tiempo por respeto, y donde ahora están montando una discoteca megaláctica. El tiempo pasa pero no cura. En Portete están sólo las mujeres y los viejos, pocos pero buenos. Verá. Vamos que es tarde. El Reta se anima: sí, Puerto Portete, la bahía. Puerto Bolívar. ¿Se podrá ver cómo se llevan el carbón? El tren de los cien vagones... Los cargueros sin tripulantes que se pierden en la niebla. Cállese. Escuche. Ese es el de las ocho. Viene de la mina, va a Puerto Bolívar. Escucha el ronquido distante y estable de los motores. ¿Qué quiere con el trencito? ¿Quiere cambiar la moto por una locomotora? Hacemos noche allí y mañana veremos cómo amanece... Me gustan los trenes desde chico. Ahhh. Antes usaban una zorra para revisar y reparar los durmientes. Le decían zorra. Dos empujaban, sube y baja, un reloj. Acá son Brujitas. En los tramos abandonados, la gente se empuja sobre los rieles con un palo como de escoba larga, empujan la zorra como canoa. Eso. Quiero poner la Africana bien amarrada en la zorra y con la rueda contra el riel. Una maravilla. Eso quiero hacer un día, Rosquillo, y llevar la zorra cargada de niños y remontar barrilete. Cielo despejado. ¿Que dirán los de la mina? ¿Tío, tú estás fumado? ¿Qué le dieron además del bastón?



Guajira Celestial
Juan Carlos Larrea
(2007)



Desfile en Riohacha
C. Roza (2009)